**Perdona nuestras ofensas**  **C:\Users\Alma\Documents\Pío XII 2018\Logo Pío XII chiquito.jpg**

**La conciencia**

Los griegos llegaron al conocimiento de lo que se llamaba la «*sineidesis*», *conciencia*, se quedaron asombrados de que el hombre fuera capaz de darse cuenta de lo que hace o lo que piensa y junto a ese *«darse cuenta»,* sentir interiormente aprobación o rechazo. La «*sineidesis*» era para ellos algo más que una mera facultad humana. Decían que **por la conciencia hablaba Dios**, era como Su voz interior que aprobaba lo bueno y recriminaba lo malo. Decían algunos que esto tendría que ver con un término muy utilizado por Platón; la *anamnesis*, que consistía en que el hombre realmente no es que conozca inmediatamente algo, sino que uno recordaba lo que Dios había puesto en él desde el comienzo, es decir, era un recuerdo.

La conciencia es una de nuestras capacidades que más tiene que ver con nuestro ser personas, añade el dolor y el pesar por lo que hacemos mal. Por tanto, surge lo que se llama *la mala conciencia, el cargo de conciencia o la culpabilidad*. Sentirse culpable es algo que nos dice la conciencia. Todos tenemos esa voz interior que nos permite descubrir lo que no es conforme al bien.

**Conciencia de pecado, culpa y petición de perdón.**

En nuestra vida vamos acumulando culpas, si lo hiciéramos continuamente, llegaría un momento en que enloqueceríamos. Por eso, una petición extraordinariamente importante es la *del perdón.* En toda la historia de las religiones había ritos o formas que trataban de aplacar la ira de los dioses, sin embargo, ninguno de ellos era capaz realmente de hacer sentir el alivio. Por eso tenían que repetir los sacrificios y ofrendas.

Cristo aparece en medio de los hombres, Dios se encarna y ¡*anuncia el perdón de los pecados*! Por tanto, la liberación y la salvación. La petición a Dios de «*perdona nuestras ofensas*», pertenece a la entraña de todo hombre que tiene conciencia. Podemos acogernos a Su perdón diciendo: «*Dios mío, quiero tu perdón*» o acallar la conciencia, dormirla, matarla y esto viene del maligno. Si no existiera el perdón de Dios, la conciencia sería algo terrible, nos iría oprimiendo. La conciencia es una especie de «testigo» de lo que está aconteciendo en nuestra vida, si la evitamos no se evade el mal, se rehúye el dolor, pero el mal sigue siendo el mismo.

Cuando queremos dormir la conciencia o anestesiarla, tenemos la peor de las enfermedades, «*No existe peor enfermedad que aquella que se desconoce*», cuando la conoces la puedes curar. *La culpabilidad no es mala,* es un indicativo que nos dice que hay algo que no va bien. Buscar la gracia de Dios para cambiar de vida y después buscar el perdón de Dios.

Es bueno tener conciencia, pero lo malo es intentar dormirla, anestesiarla o drogarla. Cuando decimos a Dios «*perdona nuestras ofensas*» estamos reconociendo que queremos vivir con conciencia. Cristo dijo: «*¿Has pecado?*», «*¿lo reconoces?*», «*Te perdono*». Nunca quitemos importancia al pecado, al mal. La culpa es buena, es bueno sentirse culpable de lo que está mal y esta es la misión de la conciencia, por ello hay que formarla.

La conciencia se puede dormir de diversos modos. Con malos consejos, malas lecturas, acostumbrándose al pecado, viviendo habitualmente en él, si no lo valoramos nos impide la conversión. Debemos ser ayuda para nuestra conciencia.

«*Perdona nuestras ofensas*», Dios perdona a los que tienen conciencia de pecado porque Él sólo puede perdonar lo que se reconoce. Por ello es tan necesario para la confesión y para la conversión el dolor de los pecados, «*Señor, me duelen mis faltas de amor a los demás, mi falta de diligencia, me duele mi falta de caridad, de obediencia, mi falta de oración…*» Cuando uno se confiesa y se convierte de corazón, le vuelve la paz. «*Dios mío, perdona mis pecados, alivia mi alma, mi conciencia*», Él nos perdona por el Sacramento de la Penitencia, Él es infinitamente misericordioso, es redentor, es salvador, nos libera.

**El Sacramento de la Confesión**

En Mc 2, 3-12 se habla del paralítico que llevan sus amigos en la camilla, al que descienden por el tejado y cuando está delante del Señor, le dice: «*Hijo, tus pecados te son perdonados*», el perdón de Dios es un regalo extraordinario. Cristo sabía que lo que más le pesaba a aquel hombre no era la parálisis por eso le perdonó los pecados, es el mayor alivio. El milagro de devolver la salud es menor que el milagro de devolver la vida interior y eterna, la vida de la gracia, de ser templos del Espíritu Santo. Lo que le estamos pidiendo a Dios es: «*perdona mis pecados*» y además le decimos que nuestra disposición es buena, que yo también perdono y que tenemos conciencia de pecado.

Cada vez que rezamos esta oración: «*perdona mis pecados*», inmediatamente tenemos que remitirnos al sacramento de la confesión, «*Dios mío, perdónamelos allí*», tengo propósito de confesar y de acudir a tu sacramento de vida que es la Reconciliación.

Hay malentendidos que interfieren con nuestra capacidad de recibir el perdón de Dios:

1° Creer que no hay nada de que pedir perdón a Dios.

Hay quien cree que con cumplir normas y reglas como ir a Misa, confesarse cuando menos una vez al año, dar limosna, no matar, no robar (descaradamente), no mentir (a menos que sea necesario) … son mejores, “buenos”, es difícil que sientan la necesidad del perdón de Dios, su soberbia les impide reconocer su propia miseria. Es necesario entablar una relación con el Padre que contemple el reconocimiento de las propias faltas, pedirle perdón de no ser lo que Él espera de nosotros, de defraudar Sus esperanzas, de negarnos a hacer lo único que nos pide que hagamos: Amar.

2° Confundir los síntomas con la enfermedad.

La gente confiesa sus acciones, pero es detrás de esas acciones donde se esconde el verdadero mal, mientras no se ataque el verdadero problema, los síntomas seguirán apareciendo. No basta confesar las “ofensas”, hay que ir más allá de la superficie, no confesar los síntomas sino atreverse a detectar la enfermedad.

Pedir perdón por las ofensas es revisar la propia orientación de vida, descubrir si se está caminando hacia el Señor o en el sentido opuesto. Él espera que nos atrevamos a seguirla.

3° Creer que Dios castiga.

Tendemos a relacionar a Dios con la persona de autoridad que nos formó durante la infancia, si esa persona era intransigente, creemos que Dios es igual, el darnos cuenta de nuestras faltas, puede alejarnos de Él. Es parte de nuestra condición humana el sentir que en todo momento Dios nos juzga y si nos suceden tribulaciones creemos que son “castigos de Dios”. Detectar que imagen tenemos de Él ¿de juez?, ¿de un testigo acusador? La escritura nos dice queno castiga, ni guarda rencor, es solo amor, misericordioso, pone Su corazón en nuestra miseria, nos ayuda a ponernos nuevamente de pie, **siempre perdona.**

Cuando Jesús nos invita a pedirle perdón a Dios, no es para quitarle lo “ofendido”, es para impedirnos continuar por un camino que nos hace darle la espalda y rechazar Su amor, es para restaurarnos, porque somos hijos del Padre y si nos alejamos de Él lo perdemos todo.

**Práctica semanal**: No me permitiré ir a la cama sin antes haber hecho mi examen de conciencia para dormir en gracia de Dios. Agradeceré a Dios el don del perdón, desearlo, anhelarlo.